

RUMORES POÉTICOS – CARMEN MARTÍN GAITE

No le digas mi nombre
—nunca no—
a los demás.
Yo te cambio mis ojos por mi
nombre,
pues se echan a vivir y a tener
luz
desde que tú me llamas.
Luego, cuando te vayas,
no dejes ahí tiradas las fichas
de mi nombre,
recógelo, llévatelo contigo.
Haz con él lo que quieras:
conviértelo en colores,
en conjuro,
en hoguera,
mételo en tus retortas,
písalo en tu lagar,
sácale vino y miel,
fermento y alegría.
Y el fruto de esa alquimia
dáselo a los demás a manos
llenas;
que circule, en mi nombre,
entre cuantos te vean y te
hablen.
Pero mi nombre, no.
Guárdalo tú mi nombre,
dilo a oscuras,
que sólo para ti deja de ser
opaco.

Hemos empezado con el poema NOMBRE ESCONDIDO, un poema de alguien de quien no vamos a esconder su nombre, sino que lo vamos a decir alto y claro: Carmen Martín Gaité.

Escritora, salmantina, independiente, fuerte, luchadora. Fue una revolucionaria, pero no de las que hacen ruido y provocan a los medios, sino de las que hacen una revolución silenciosa, interna, pero efectiva. En cierto modo rompió los moldes, no solo de la literatura, sino del pensamiento, porque tenía mucho de filósofa. La vida le hizo superar varios obstáculos, tanto en el plano personal como en el profesional; pero como una corredora de fondo, los fue superando, a su manera, con la literatura. Sus palabras eran su vida. Y gran parte de su vida, palabras. En sus versos fue dejando sus pensamientos, para recordarlos o para olvidarlos.

Comenzó escribiendo poesía. Imaginen a una joven Carmen leyendo El Adelanto entre clase y clase, con 22 añitos. Imaginen al padre del gran poeta Aníbal Núñez, que era fotógrafo de El Adelanto, paseando por un Tormes helado, el invierno del 47. Carmen se detiene a ver una foto del periódico. Pepe se detiene a ver una barca aprisionada por el hielo y dispara su máquina fotográfica. Carmen, al ver la foto de la barca helada, recuerda esos paseos en barca por el río, en los que el sol bañaba su cuerpo. Pepe envía la foto a El Adelanto. Carmen decide escribir su primer poema.

LA BARCA NEVADA

Nos hemos despertado,
y la luz de invierno amanecía
de nuevo en las rendijas.
Por caminos del aire, leve y tímida,
se despeinó la nieve
y durmió en la ventana.
Otro invierno ha bajado de puntillas
a posarse en el río,
y en la noche ha tejido
cristal de quieta losa,
extendido silencio.
Mirad la pobre barca
prisionera del agua endurecida.
Sola y blanca de canas
mira correr las trabes con envidia,
bien nubes desligadas,
que os destrenzáis tan jóvenes
sobre la barca inútil!
Sí. De nuevo el invierno.
Tomad entre los labios
su áspero jugo oculto
animado en la (sic) nieblas y en las ramas sin savia.
[i]Abrid las puertas todas
y que entre oscuramente
esa canción intensa de promesa
y letargo fecundo!
Tiempo duro y dichoso
para los corazones que esperan el milagro,
apenas presentido, de otros días.
Es difícil andar entre la nieve,
subiendo por camino pedregoso (sic)
pero allí están las cumbres,
muy lejos, sonrosadas en la tarde.

Un día -lo sabemos-
 Dios tocará los brazos,
 hoy pobres y desnudos, de las ramas,
 y los hará llenarse de gusanitos verdes
 -embrión de reciente primavera-.
 Vivid la espera.
 El aire con sus manos florecidas
 soltará un día el hielo dulcemente
 -canción de espuma alborotada y libre
 en pedazos fundidos vida abajo-.
 Y a ti vendrá a librarte,
 triste barca olvidada de la orilla.
 Empujará tu cuerpo
 por repetidas rutas -[i]tan nuevas sin embargo!-.
 Y el agua resurgida tibia y dócil,
 amasada con sol,
 cederá al roce de tus alas niñas,
 y romperás sin llanto
 el misterio fluido de sus venas.
 Y palabras de amor dirá, a tu paso,
 el inclinado chopo.
 Nada está muerto aún bajo la escarcha.
 La vuelta de las cosas que dormían
 su plenitud, desgranará los aires
 como trinos abiertos y gozosos.
 Pero vivid la espera del invierno.
 Y que ella os purifique.

Este poema no lo seleccionó en ninguna recopilación, pero sí que lo recordó cuando recibió el Premio Castilla y León de las Letras, porque las primeras veces siempre se recuerdan.

Mi primera fuente de inspiración literaria fue la curiosidad por el tiempo futuro, que a veces se insinuaba como la tentación de asomarse a un abismo del que aún nada se sabe.

También recuerda esta anécdota, siguiendo el hipocorístico, otro Pepe, un gran conocedor de Carmen Martín Gaité y su obra, José Teruel, en el prólogo de A rachas. Poesía reunida.

La barca nevada fue publicada en la revista salmantina Trabajos y días, título de un poema didáctico de Hesíodo, por cierto. Y firmó como Carmiña, usando ese diminutivo tan galleguiño, porque gallega era, por parte de madre.

Quizá esa sangre gallega era la que le hacía mirar lento, pausado, con calma; y por eso veía lo que los demás no veían con las prisas, veía barcas atrapadas por el hielo, esperando una primavera cálida, convertidas en poema. Veía como El Principito de Saint-Exupéry, porque, ya saben, lo esencial es invisible a los ojos.

Perder el tiempo a veces provoca el efecto contrario: ganarlo; y ese mirar lento y vivir con calma le inspiró también el título de su primer artículo, que se tituló *Vuestra prisa*. Con el andar del tiempo, recordará así esa primera juventud de tiempo infinito, en su poema *CANCIÓN ROTA*:

Siempre que iba a cantar
algo se interponía
y a mí no me importaba,
¡Había tanto tiempo!

Mi canción se quedaba en el alero,
confiada,
meciéndose en la espera
cuajada de horizontes.

Si alguna vez con mudo gesto antiguo
acaricio las cuerdas,
El aire se retira
y el corazón me late nuevamente
con aquellos latidos turbulentos,
heraldos de mi canto.

¡Ay mi canción truncada!
Yo nunca tenía prisa
Y la dejaba siempre,
amor, para después.

Introspección es una palabra que la define muy bien, tanto a ella como a su literatura, por ello escribía, a veces para mirar hacia dentro, y otras para huir de lo de fuera. Porque le tocaron muchas pruebas duras en la vida. Quizá por eso la alegría está presente de forma recurrente en algunos de sus poemas, casi como una disciplina para ponerle al mal tiempo buena cara, como en el poema *PÍDEME QUE ESTÉ ALEGRE*:

Aún me entra cielo azul
y lo miro en mis charcos
reflejado a jirones.
Pídeme que esté alegre.
Si tú me lo pidieras,
en un caballo blanco subiría,
en un caballo bravo y montaraz.
Pídeme que esté alegre.

Y correré a ponerme
atavíos de fiesta,
abriré las cien puertas de mi casa
y saldré entre piruetas
y saltos de través
aturdida de sol,
y a las verdes palomas
daré migas de pan.
Pídeme que esté alegre.
En un caballo blanco correría,
en un caballo loco y montaraz,
si tú me lo pidieras.

Carmen escribió de todo: novelas, ensayos, cuentos, relatos, teatro, cartas, artículos, críticas para diarios; diseñaba collage y, por supuesto, poesía... pero no solo eran textos, también escribía para ser escuchada, bien en otra voz, como los guiones para la televisión que elaboró para la serie de Santa Teresa o la famosa Celia, de Elena Fortún, bien en su propia voz, como sus conferencias. Dicen los que la conocían que su conversación valía aún más que su literatura, así que imagínense. De hecho, en muchas de sus obras lo que hacen los personajes es precisamente conversar: Retahílas, El cuarto de atrás, las cartas con su hija o La búsqueda del interlocutor, en todas ellas conversa, se pregunta y se responde.

También habla de poesía y así es como la define en la última conferencia que escribió, en el 2017, y que tituló Los viejos en literatura:

La poesía es una lucha tenaz muchas veces fallida por retener el instante en que las cosas hablaron un lenguaje especial y nos incitaron a captar ese recado urgente que apenas insinuado se esconde, dejándonos un sobresalto en la memoria.

¡No me digan que no es una definición bonita! Fue esa lucha tenaz la que quizás provocaría el parón, porque estuvo un tiempo sin escribir poesía, y se dedicó a la novela. Pasó de los poemas de la primera juventud a los Poemas posteriores o, como ella dice:

Fue el salto de la jovencita provinciana y soñadora a la mujer, ya afincada en la capital, dueña de su destino y de su casa.

Sus poemas de primera juventud fueron publicados, como pueden suponer, cuando era joven, en sus años universitarios. Y en ellos a veces se mostraba melancólica, otras esperanzada, y muchas veces combativa y rebelde, mujer fuerte como era. Como ejemplo, el poema CALLEJÓN SIN SALIDA:

Ya sé que no hay salida,
pero dejad que siga por aquí.
No me pidáis que vuelva.
Se han clavado mis ojos y mi
carne,

y no puedo volver.
Y no quiero volver.
Ya no me gritéis más que no hay
salida
creyendo que no oigo,
que no entiendo.
Vuestras voces tropiezan en mi costra
y se caen como cáscaras
y las piso al andar.
Avanzo alegre y sola
en la exacta mañana
por el camino mío que he
encontrado
aunque no haya salida.

Los que denomina poemas posteriores los publicó rondando los 50. Uno de ellos, que define muy bien su vida, se titula Libros y papeles.

Libros y papeles,
el gran perdedero
de un recto camino.
Cantando las mieles
de lo que no quiero
me bebo el ricino.

Echa los cerrojos,
enciende el farol,
y aguántate el frío.
No sepan tus ojos
si ha salido el sol
o hay gente en el río.

Tanta queja disecada
De los muertos y los vivos
en estanques y anaqueles
y tanto afán para nada:
para llenar los archivos
de libros y de papeles.

Pero tú aguanta marea
Y no tires de la manta:
perderías la guarida.
Aún queda tarea
-¡y tanta!-.
Aguanta,
Que no queda tanta vida.

A paso de hormiga,
despacito, hermana,
Y por tus rieles.
Manta zamorana
Que pesa y no abriga,
libros y papeles.

¡Valiente edredón
de palabra vana!
Manta zamorana,
tapa y no consuela.
-En su condición.
Cada palo, hermana,
Que aguante su vela.

Carmen Martín Gaité decía que la poesía la visitaba “a rachas”, que la visitaba inesperadamente, como un amigo perdido, como el señor misterioso de El cuarto de atrás que le hace preguntas.

El vicio de anotar alguna impresión de esas que caen del cielo como un rayo estremece en todo nuestro ser, no desapareció por completo, ni le cerré la puerta aquellas fugaces visitas de la poesía.

Entre pregunta y pregunta, C (el personaje se llama C) divaga y, aunque el señor de negro insista, ella va y viene, porque El cuarto de atrás es, en realidad, un libro de memorias, una forma bastante original de escribir una autobiografía mezclada con ficción. Escuchen cómo recordaba el lugar donde nació: la plaza de los Bandos.

Me parece –digo – que estoy viendo el sitio donde se ponía el heladero, con su carrito, en la plaza donde yo vivía, junto al kiosko de los tebeos. Había un banco largo de piedra rematando la plaza por ese lado, con respaldo de hierro, nos sentábamos allí cuando nos cansábamos de jugar. Al otro extremo, en los primeros días de octubre, se ponía la castañera, con sus mitones de lana. O sea, que por la izquierda hacía su aparición el verano, con el puesto de helados, por la derecha, el invierno avisaba su llegada con aquel olor a castañas.

En la plaza de los Bandos se encuentra su busto. Ese busto está cerquita de lo que fue su antigua casa, que tendría ese cuarto de atrás donde jugaba con su hermana Ana antes de que llegara la guerra y se convirtiera en una despensa del estraperlo. ¡Ay la guerra!

Muy cerquita de su casa se encuentra el antiguo Banco de España, ahora el Centro Internacional del Español, donde se conserva su legado. Un legado que ha digitalizado, archivado y custodiado la Biblioteca de Castilla y León, institución a la que queremos agradecer su labor, ya que los y las que trabajan en bibliotecas y en archivos saben bien lo que cuesta escanear papel por papel toda la obra de una vida, organizar y mantener ese legado disponible para los y las que quieran consultarlo.

Además del trabajo que ha supuesto organizarlo, también ha costado bastante traerlo, porque, a pesar de ser donado a la Universidad de Salamanca, no le hicieron hueco y tuvo que ir a Valladolid. Afortunadamente, el Ayuntamiento de Salamanca la trajo de vuelta a casa, al menos por unos años.

La casa de los Martín Gaité, donde iba Unamuno de vez en cuando, hizo las veces de escuela durante sus primeros años, ya que sus padres –de ideas liberales–, querían evitar la educación de las monjas. Ya algo más mayor fue a estudiar al femenino, el Instituto Nacional de Enseñanzas Medias, como se conocía entonces el IES Lucía de Medrano, donde pasó unos geniales años, como ella misma decía.

Por cierto, que el instituto no debería llamarse Lucía de Medrano, sino Luisa de Medrano, ya que así era el nombre de una de las primeras mujeres que dio clases en la Universidad de Salamanca. En el instituto recibiría clases de Rafael Lapesa, al que conocerán si han estudiado Historia de la Lengua, y Salvador Fernández Ramírez, miembros de la RAE, que marcaron, junto a su padre –notario–, su vocación literaria. Ella, por cierto, fue invitada a ocupar uno de los sillones de la RAE, pero lo rechazó; (yo creo que su forma de trabajo era diferente, creo recordar en una charla que dio Sisina que contó que García de la Concha, director y conocido suyo, se lo recomendó y ella no estaba interesada, pero solo lo he oído en algún momento), una oportunidad no la tuvieron muchas mujeres, como Emilia Pardo Bazán, escritora que fue rechazada de la institución por el simple hecho de ser mujer.

Descalza se desperezó junto al balcón. Había cesado la música y se oía el tropel de chiquillos que se desbandaban jubilosamente, escapando delante de las máscaras. Natalia levantó un poco el visillo.

En la plaza de los Bancos también vivió Natalia, una de las protagonistas de Entre Visillos, novela con la que recibió el premio Nadal y que refleja tan fielmente ese ambiente de la Salamanca de posguerra, aunque, curiosamente, no nombra a la ciudad en ninguna página.

En sus obras mezcla la realidad con la ficción y, de vez en cuando, podemos rescatar alguna confesión. Decía en El cuarto de atrás que quemaba papales. Y es que, como tantos y tantas que han escrito alguna vez, escribía y destruía, eliminaba, quemaba lo que algún día fue, para dar paso a lo que será, porque el fuego es, también, símbolo de purificación.

He quemado tantas cosas, cartas, diarios, poesías.

A veces me entra la piromanía, me agobian los papeles viejos.

Porque de tanto manosearlos, se vacían de contenido, dejan de ser lo que fueron.

Me quedo callada.

La última gran quema, la organicé un atardecer de febrero, estaba leyendo a Machado en esta misma habitación y me dio el arrebató.

Esta confesión parece ser verdad, porque la repite en uno de sus poemas titulado LOS LIBROS QUE AHORA BUSCO

Necesito poesía.

Ya que no de la que entra sin sentir,
de aquella otra que con sangre entra
y que viene en la letra de los libros,
relegados, mirados con desdén,
cuando salir afuera, adonde fuera,
era abrir una puerta
para que la poesía disuelta por el mundo
en partículas tenues e invisibles
me llenara la casa de colores.

En ese tiempo yo encendía hogueras
Por ver brillar el fuego momentáneo,
por gozar de su luz y su color,
y acaso en una de ellas
quemara indiferente
los libros que ahora busco
en esta tarde rota, deshabitada, gris.

Me acuerdo de sus lomos cenicientos,
nunca los puse en orden,
eran muchos, ¡qué agobio!
Se caían al suelo algunas veces,
tratando de llamarme la atención,
llamaban pertinaces,
como cuando nos ronda
la idea de la muerte,
tropezaba con ellos
y no les hacía caso.

Los libros de poesía que perdí
ahora no los encuentro
en esta tarde rota.
Es su venganza.

Este es un poema de su última etapa, a la que tituló Después de todo. Y es que, después de todo, buscó y buscó. Buscó el consuelo en los poemas, pero ante una gran pérdida, no hay mucho que hacer. Quizá buscar, inútilmente y en cualquier parte, la fe. Como en este FARMACIA DE GUARDIA.

No es Valium ni Orfidal,
no me ha entendido.
Se trata de la fe. Sí: de la fe.
Comprendo que es muy tarde
y no son horas
de andar telefoneando a una farmacia
con tales quintaesencias.
Lo que yo necesito
para entrar confiada en el vientre del sueño
es algún específico protector de la fe.
¿Que le ponga un ejemplo más concreto?
Pues no sé... Necesito
creerme que este saco
cerrado por la boca
y en cuya superficie
se aprecia la joroba
de envoltorios estáticos
puede volver a abrirse alguna vez,
a provocar deseos y sorpresas
bajo la luz del sol y de la luna,
bajo el fervor clemente
de los dioses del mar.
¡Oh, volver a sentir lo que era eso!
Y ni siquiera necesito tanto
—ya es menos lo que pido—;
simplemente creerme
que un día lo sentí
intempestivamente
cuando más descuidada andaba de esperarlo,
y supe con certeza
que sí, que se podía,
que un corazón doméstico
cuando al fin se desboca
es porque está latiendo sin saberlo
desde otro muy cercano.

Ya. Que no tienen nada.
Pues perdone.
Comprendo que es muy tarde
para hacerle perder a usted el tiempo
con tales quintaesencias.
Ya me lo figuraba.
Buenas noches.

Carmen Martín Gaité necesitaba una farmacia de guardia, que le hiciera volver a sentir, porque perdió a su primer hijo Miguel, con apenas 7 meses; y perdió a su segunda hija, Marta, antes de que esta llegara a los 30, arrancada de sus brazos por las drogas y el sida, en un momento en que ninguna de las dos cosas había dejado aún claro hasta qué punto era una amenaza.

Ese momento de perder a su hija, de ver cómo era arrastrada más allá de cualquier ámbito en el que ella pudiera protegerla, nos parece vislumbrarlo en el poema DONDE ACABA EL AMOR

Cuando llegas al muro
donde acaba el amor
ya no hay escapatoria.
Y lo escalaba trabajosamente,
repitiendo "ya no hay escapatoria",
desafiando los cristales rotos
clavados en su cumbre;
y se dejó caer al otro lado
con las manos heridas.
Se las miró un momento,
y se lamió la sangre,
"Ya no hay escapatoria"
susurraba anhelante.
Por fin echó a correr,
sin mirar hacia atrás,
por la llanura estática,
plana, infinita y yerma.

Imagínense lo que debió sentir: solo con poesía podía expresarlo. Pero le prometió a su hija seguir viviendo contra viento y marea, y nunca defraudó. Y esto lo juró por sus muertos, que ya es decir. Así se titula este poema: Lo juro por mis muertos.

En eso no te voy a defraudar,
en aquel afán tuyo tan ardiente y tirano
de que viviera yo contra viento y marea,
(«por favor, tú tranquila,
no te enfades, no cojas miedo a nada»),
de que saliera al mundo a recorrerlo,
a perderme por él,
a recoger la luz de otras miradas,
la miel de otras colmenas,
el hilo de otros cuentos.
Tú no me dejas ser mujer de Lot,
tú, que me has mantenido
en examen perpetuo de reválida,
tú me mandas vivir, voz de sal y limón,
acogerme impasible al instante presente.

Peleas todavía para que no confunda mi camino
con los atolladeros que me hacen regresar
a la cueva mefítica y sombría
de donde no se sale.

Me dices: «hay camino, sal, no le cojas miedo»;
me obligas a mirarlo blanquear
y a fijarme en la gente atribulada
que circula por él, en todos los que lloran.

Recojo las señales de tu lejano Morse,
tranquila, duerme en paz.
En eso —te lo juro por mis muertos—,
en eso no te voy a defraudar.

A ella, a su hija Marta, le dedicó su particular versión de Caperucita, Caperucita en Manhattan, porque la Carmiña de 65 años seguía creyendo en los cuentos. Al menos, en los cuentos realistas, que muestran el día a día, sin tapujos, con sus aventuras y su tedio.

Su hija Marta la llamaba Calila y Marta, a su vez, era conocida como La Torci, porque no paraba quieta ni en la cuna, decían. Carmen también tenía un curioso apodo: lo que el viento se llevó. ¿Saben por qué? Porque la escritora era muy delgada y los fuertes vientos de Salamanca corrían el peligro de llevársela en volandas.

Carmen y Marta estaban muy unidas. Uno de los regalos que le hizo la hija a la madre fue un cuaderno, un cuaderno que le servía para todo, y así los tituló: cuadernos para todo. Y es que Carmen dominaba de tal modo la palabra que convirtió las hojas donde anotaba sus cosas en literatura. En uno de ellos, con fecha 10 de abril de 1962, decía lo siguiente:

Bueno, ya estamos sentados aquí. Y ahora, ¿qué? Ahora nada, estar aquí. ¿Por qué tenemos que estar esperando algo, otro minuto venidero? Recuerdo cuando iba al parque hace unos años. Todo se me volvía mirar el reloj. Cerraba los ojos, tomaba el sol, y las conversaciones en torno me resbalaban. Cuándo serán las 12. Cuando serán las 12:15. No estaba tan triste como ahora, pero siempre estaba esperando algún acontecimiento exterior y me consumía. De fuera pensaba que me iban a venir, como el maná, la liberación. De alguna de aquellas señoras que miraban a sus niños, como ahora, sin extrañeza, ni preocupación, insertas con ellos en el tedio de la mañana.

Para evitar ese tedio, cuando lo necesitaba, viajaba a una isla que se habían inventado una amiga y ella. La isla se llamaba Bergai. Su amiga Sofía Bermejo y ella Carmen Martín Gaité. BER-GAI, apócope de Bermejo y Gaité. Bergai era su mundo propio, como la ínsula de Sancho, como el Neverland de Peter Pan. Un lugar de adolescentes donde refugiarse, al que seguro volvería en alguna ocasión. Aunque su verdadero refugio siempre fueron las palabras, en los momentos más duros, cuando casi pierde el norte, llega a preguntarse, como en este poema ¿QUÉ HACER CON LAS PALABRAS?:

¿Qué hacer con las palabras,
rebaño pertinaz
que antaño respondía
Al silbo del pastor
y trotando por riscos
y por desfiladeros
venía a congregarse
bajo la luz morada
en el aprisco?

Hoy sucias, desolladas y vencidas,
cumplen con su retorno rutinario.
Las miro alrededor,
cada cual por su lado;
No sé qué quiero de ellas
Ni logro recordar quién las puso a mi cargo
Ni adónde he de llevarlas.
Se van emparejando a trompicones
En arabesco ciego, incomprensible,
Por mis sueños adentro,
Mientras la noche sorda
se desploma.

En Salamanca comenzó Filosofía y Letras, en la plaza de Anaya y cuenta la escritora que le había faltado profundizar en el siglo XVIII, un siglo esencial en la educación y en el papel de las mujeres en la sociedad, así que decidió ampliar sus conocimientos. Y tras esas horas de búsqueda entre libro y libro, porque por aquel entonces no había las bases de datos que tenemos a disposición, creó *Usos amorosos del dieciocho en España*, y más tarde vendrían los *Usos amorosos de la postguerra española*, que son una delicia.

El amor fue esencial no solo en su literatura, sino en su vida; y ella lo encontró en Madrid, donde entró en contacto con otros ambientes intelectuales. Si han estudiado a Carmen Martín Gaité, se la incluye en la nómina de autores y autoras de la Generación del 50, junto con Ignacio Aldecoa y Rafael Sánchez Ferlosio. También es la generación de Carmen Laforet o Ana María Matute, pero Ferlosio fue algo más especial para ella: fue su marido durante un tiempo, y el padre de esos dos hijos que tantas alegrías y penas le darían.

Esta relación y su triunfo en la literatura la narran muy bien en el podcast *La historia en ruta*, de la cadena Ser. Cuentan que, desde aquel reencuentro con su amigo Ignacio en la cafetería de Filosofía, Carmita dejó de mirar por el retrovisor y pisó el acelerador literario, ya que empezó la vida que la transformó en Carmen Martín Gaité, con todas las letras.

Su amor con Ferlosio no fue como el de las películas, sino un amor largo, lento, lleno de pausas, de lecturas en silencios, de diccionarios, de paseos sin un duro y de discusiones de gramática. Vamos, dos raros que se encontraron y se entendieron, hasta que se dejaron de entender y se divorciaron. Carmen reflexiona así en su AMOR NÓMADA:

Cada pitillo una carta
y cada carta un amor
y cada amor una herida.

Así vas tú por la vida,
dulce poeta menor
de la palabra fingida.

Cuando han prendido la llama
tus ojos levantan vuelo
a hacer noche en otra tierra,
ciegos a quien los reclama
y a su cielo,
corazón de fuego y guerra
que conquista y nunca ama.

No hay reposo ni guarida
para tu breve fulgor,
incierto hoguera aterida.

Así vas tú por la vida,
dulce poeta menor
de la palabra fingida.

Con Amancio Prada colaboró recopilando coplas populares gallegas, que le recordarían a su madre, para el disco Caravel de caraveles; y es que los poemas de su segunda etapa son, muchos de ellos, poemas-canción porque Carmen era una artista, en todos los sentidos.

Dice José Teruel, su biógrafo, que en su poesía conviven múltiples registros: el poema canción, el poema en clave, el poema hermético, el poema autobiográfico e incluso el poema metalingüístico, pero, sobre todo, sus versos son una meditación de su experiencia, que le permiten identificar lo que es permanente y trascendental, lo que es ficción y lo que es realidad, porque Carmen también convirtió el costumbrismo en poesía.

Han sido varios los calificativos que se le han dado a la escritora, uno de ellos pone título al documental de Imprescindibles que le dedicaron a la escritora: La reina de las nieves, el particular homenaje que Mariela Artiles rindió a la salmantina y que refleja esa forma suya de hacer literatura. En él contaban que, de pequeña, viendo las nubes, las asoció a letras, comenzó a juntarlas en su mente y vio la cantidad de posibilidades que había. Nubosidad variable sería el título de la novela que escribió ocho años antes de morir.

El personaje de Reina de las Nieves lo evoca Carmen Martín Gaité en el contexto de la pérdida de su hija en el poema LA ÚLTIMA VEZ QUE ENTRÓ ANDERSEN EN CASA

-Me ha raptado -dijiste-
la Reina de las Nieves.
Pero esta vez no era literatura.
Tus ojos reflejaban
-aunque secos,
aunque intentando incluso sonreír-
la certeza y el miedo
de sentirte atrapada por su abrazo,
arrastrada a subir a su trineo,
-esta vez de verdad-
a tiritar de frío bajo su regio manto,
a hundirte poco a poco
en el helado y súbito
refugio inapelable de sus brazos
que sólo a viva fuerza
lograron arrancarte de los míos.

Y pese a todos los pesares y todo el sufrimiento que acumuló en su vida, ella siempre mantuvo algunas CERTEZAS, como en este poema:

Habéis empujado hacia mí estas piedras.
Me habéis amurallado
para que me acostumbre.
Pero aunque ahora no pueda
ni intente dar un paso,
ni siquiera proyecte fuga alguna,
ya sé que es por allí
por donde quiero ir,
sé por dónde se va.
Mirad, os lo señalo:
por aquella ranura de poniente.

Carmiña era una buena observadora, se metía en diferentes ambientes para escuchar y tomar nota, como hacía Larra en los cafés para recoger ideas que luego convertiría en artículos de costumbres. Cuenta en una entrevista que, ya siendo una escritora conocida, viajaba en autobús y una mujer se sorprendió de verla ahí, con el resto de trabajadores de a pie. La conversación la recuerda su hermana:

-Pero, ¿usted es Carmen Martín Gaité!, ¿no?
-Sí -le respondió ella con naturalidad.
-¿Y usted viaja en autobús?
-Señora, ¿usted me lee? -le preguntó Carmen a su vez.
-Sí -le dijo la mujer.
-Entonces, cómo quiere usted que todo lo que yo cuento suceda en otra parte que en la calle. Si no tomo este autobús o el metro, no me entero. Si no entro en los cafés o hablo con los camareros, no podría escribir lo que usted ha leído.

Carmen tenía una manera muy particular de entender la vida y la literatura, siempre en busca de un interlocutor: alguien con quien hablar y a quien escuchar. Un interlocutor que encontraba en la literatura, porque la literatura es como un sucedáneo de la conversación. Una literatura a la que recurrió después de todo, porque lo que no se puede expresar con palabras, se expresa con poesía. Como en esta JACULATORIA.

No te mueras todavía.
Tu tristeza a mí me salva
lo mismo que tu alegría.
Malva al alba,
amarillo al mediodía
y a la noche otra vez malva.
No te mueras todavía.
No tienes un color fiel,
te van todos los colores
de la gama.
Ocre si estás en la cama,
verde si estás en la hiel,
gris acero si cruel,
azul negro en la porfía
y colorado en la llama
de fiesta y de rebeldía.
Que no te cuelguen cartel,
no te mueras todavía.
Echa tus tonos al día
como a una hoguera y confía,
que lo que arde no se pierde.
Me caliento en tus colores.
Aún te quedan resplandores
de naranja y ya eres verde
con una estría de rojo
y de turquesa otra estría.
Tu confusión es la mía
y en mi espejo la recojo.
No te mueras todavía.
Ni te quedes condenado
sólo al blanco o al morado,
ni te vuelvas transparente,
tan simple y desustanciado
como te quiere la gente.
Tú engrosa el caldo del día
que aún hay quien oye y quien siente
lo pasado y lo presente.
No te mueras todavía.

Y en tiempo de incertidumbre
arde también en su lumbre,
tan exenta de color
que corroe los que había.
No caigas en la costumbre
de inventar vida y amor
si el almacén se vacía.
A pie quieto en el terror,
a solas en la agonía
y aun cuando nada te alumbre,
no te mueras todavía

Carmen Martín Gaité viajó, trabajó en Estados Unidos como profesora y murió en Madrid, pero su tierra era su tierra, como decía el documental: Esta es mi tierra. En él, una Carmen ya madura, allá por el 82, recorre la ciudad describiendo su belleza, contando sus fiestas y explicando su arquitectura y arte. Hay un momento en el que pasa por la plaza mayor, o como ella dice, el cuarto de estar de la ciudad, donde se entra y sale muchas veces a lo largo del día. También vemos a Unamuno, al menos a su estatua, y a Torrente Ballester. Y confiesa que le gustaría ser enterrada en su ciudad, pero no pudo ser, porque su cuerpo está en El Boalo, donde vivió sus últimos años y donde están enterrados sus padres y su hija.

En su prólogo al libro *A rachas*, la propia Carmen recuerda sus veranos en Piñor, una aldea gallega en la que, perdida en el monte, inventó varios poemas. Recuerda también la época en la que se leía en voz alta, cuidando el tono y las pausas. Recuerda los tiempos en los que la cultura audiovisual no se había adueñado de los hogares, aplastando todo intento de diálogo pausado. Recordaba cuando acudía a tertulias y cuando recitaba, porque no solo componía sus versos, sino que los echaba a andar, como ella dice. Porque la poesía alimenta el alma, reaviva los recuerdos y expresa la belleza de lo que no se puede describir con palabras. Y nos ayuda a recordar que la vida hay que vivirla, cada segundo, porque pasa. Como en este MUERTE NECIA:

Se me ha gastado el día,
atropelladamente
en idas y venidas,
en gestos y recados
que al hacerlos juzgaba.
necesarios.

Desperdiciado, débil y oscilante,
el número equis ene de mis
días
era un cabo de vela
y afuera lucía el sol de la
mañana.

El sol se hunde en silencio
y sopla las bujías
y se envuelve en su manto como
un rey.

El número equis ene de mis
días
murió de muerte necia.

Ahora lo estoy llorando
cuando veo a las nubes
ponerse un traje grana
para morir también.

Los cuentos bonitos siempre hacen perder la noción del tiempo y, gracias a ellos, nos salvamos del agobio de lo práctico, decía Carmiña. Y es que, como decía Momo, otro gran personaje de la literatura que entendía el tiempo mejor que nadie, el tiempo es algo misterioso y cotidiano en el que no nos paramos a pensar. La vida hay que aprovecharla: hay que vivir el tiempo, como si fuera un cuento. Como si fuera un juego.

Así que vivan la vida y disfruten de ella. Nosotros nos despedimos jugando, con Carmen, con ustedes, al ESCONDITE INGLÉS:

Una, dos y tres,
escondite inglés,
a esa niña de rojo
ya no la ves.

Jugaba con naranjas,
les mordía el zumo,
arrancaba tomillo,
niña de humo.
Baja a la calle,
vuelve a subir,
las estrellas la miran,
no se quiere dormir.

Cuéntame un cuento,
cuéntame ciento,
dame la mano,
se la llevaba el viento
de aquel verano.

Una, dos y tres,
escondite inglés,
a esa niña de rojo
ya no la ves.